

*(Re)visiones del destierro español*

# Ortega rompe con Reyes, 1947

Fernando Curiel

*“¿Tiene amigos en México?”, pregunta el periodista a José Ortega y Gasset en 1947. “Tenía”, contesta el filósofo. “Como Alfonso Reyes”. Ante la perplejidad del entrevistador, Ortega informa que Reyes “ha hecho tal porción de tonterías...”. Este ensayo desmenuza los ires y venires de la ruptura entre dos de las figuras más notables de la cultura hispánica en la primera mitad del siglo XX.*

*Para Federico Álvarez  
A las poetas Alicia Reyes y Raquel Barragán*

## CONTEXTO

El destierro español republicano de 1939 devino solidario, familiar, justiciero, misericordioso me atrevería a decir (sin desdoro de la ideología sexenal del momento), en todo punto benéfico para México. Pero, asimismo, reanudación de un diálogo tenaz que, en el siglo XIX, se remontaba a la gestión (más que) diplomática de don Vicente Riva Palacio y, en el XX, se iluminaba con no pocos episodios. Las residencias españolas de Diego Rivera, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Enrique González Martínez y Jaime Torres Bodet. La brigada compuesta por los Gamboa, los Paz, el inmenso Silvestre Revueltas, Mancisidor. Los poemas republicanos (llamémosles así) del primer Octavio Paz. El presidente Lázaro Cárdenas intervino resuelto en el res-

cate de la inteligencia europea perseguida por los fascismos en boga.

Advierto que en el caso de España y México, prefiero *destierro* a *exilio*, expresión esta última, a fe mía, de una ablación cultural profunda, empezando por la lengua. Las de *inmigrante* y *asilado* no pasaron de las formas migratorias expedidas por el gobierno mexicano; mientras que la de *refugiado* gozó de temporal fortuna y la de *transtierro* la asumió esencialmente un grupo de los varios que contuvo una migración variopinta.

## VISIONES

Dos enfoques han consignado las oleadas españolas. Hablo de nuestro país, ya que en España, el tema lo ha

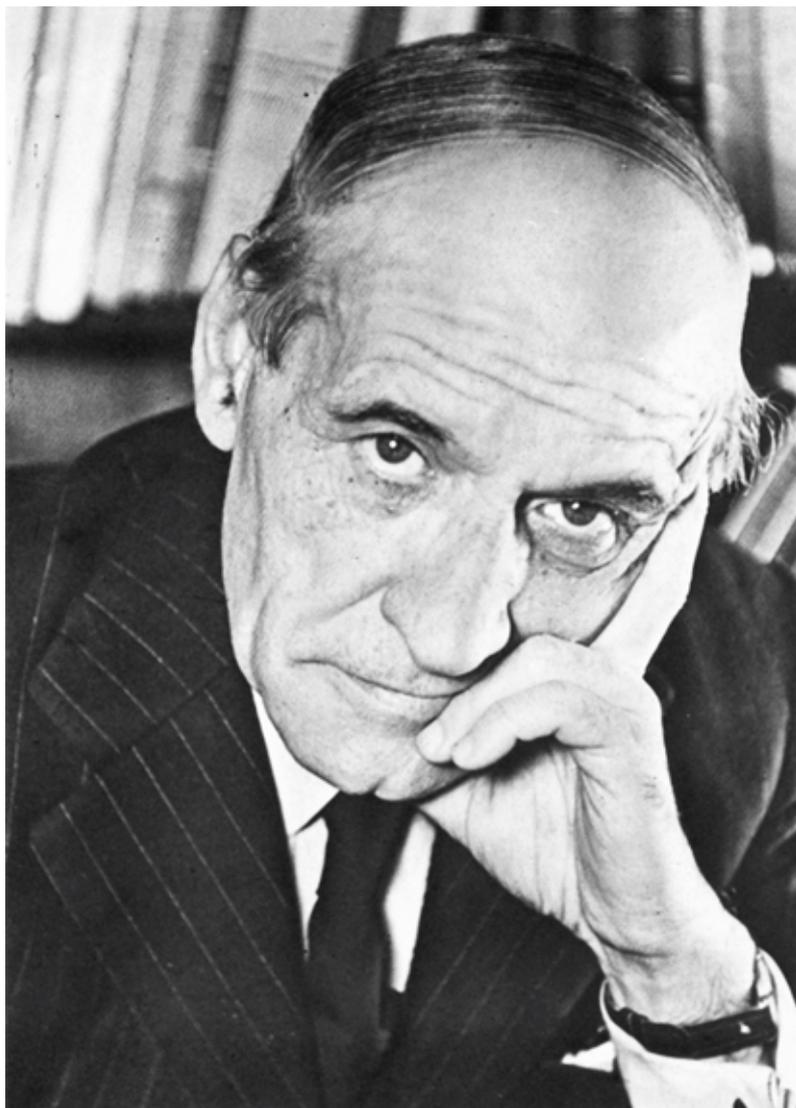
inaugurado recién, de lleno, su Memoria Histórica, por varias décadas cancelada, aplazada. Dos visiones, decía. Emotiva y ritualista, una; en procura de matices, la mirada puesta en ambas orillas atlánticas, especulativa incluso, la otra. La primera domina, predomina; la segunda, apenas apunta en la historia intelectual. Bordeo, abordo, ambas.

Un nombre, el de Alfonso Reyes, marca la visión “emotiva, ritualista”. Tanto que en su oceánica producción, advertimos una especie o subespecie: la *Tertulia de Madrid*. La original, en la Villa y Corte, de 1914 a 1924; la supletoria, en la Ciudad de México, entre 1939 y 1959. Si en la primera Reyes convive con gente del 98, del 14 y de la que será reconocida como Generación de 1927 (en el mismo orden: Valle-Inclán, Ortega y Gasset y Prados); en la segunda, recobra fugazmente a Joaquín Díez-Canedo, intermitentemente a Luis Cernuda y, de fijo, a Manuel Moreno Villa y a José Gaos. Aquí se amista con Elvira Gascón, su ilustradora estrella.

AR

En 1989, a invitación de la Asociación Cultural de Amistad Hispano-Mexicana, con prólogo de Manuel Andújar, conocido por mí durante su estancia en México, publiqué *Cartas madrileñas*, una breve selección de epístolas de Reyes cruzadas, en orden alfabético, con Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri y José Vasconcelos. Homenaje pensado para lectores españoles. Me inclinó a hacerlo que la presidencia de la ACAHM la ocupara José Prat y las vicepresidencias Marta Portal y Manuel Ortuño; los tres de mi mayor estima —añádase la presencia, entre los vocales de la asociación, de Ana Belén, emblema de la “Marcha” posfranquista.

La tesis central de mi presentación era la de que Alfonso Reyes, como cronista de Madrid, no estaba por debajo “en nervio y percepción”, de Bernal Díaz del Castillo, primer cronista de Tenochtitlan. Crónica patentizada en libros (*Cartones de Madrid*), “artículos sueltos, abundantes páginas autobiográficas, la nutrida correspondencia intercambiada con sus pares: los integrantes de la llamada generación del Ateneo de la Juventud”. Aspecto que retomé en *El cielo no se abre*, biografía documental de don Alfonso, y sobre el que hace no mucho insistí en el ensayo “Darío en Reyes” (nuestro autor testigo no sólo del malhadado viaje del poeta nicaragüense a México, con motivo de las Fiestas del Centenario, sino orador en el rebautizo, con el nombre de Rubén Darío, de la antigua Glorieta del Cisne de Madrid, allá por Chamartín).



José Ortega y Gasset, París, 1938

#### ALFONSO MADRILEÑO

A Alfonso Reyes se le encontraba lo mismo en los cafés de la Puerta del Sol y calles cercanas, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, primer tramo de la Gran Vía; en los pabellones del Centro Histórico de Madrid, del que era investigador, en los bajos de la Biblioteca Nacional de Recoletos; en los corrillos de la Residencia de Estudiantes en la Colina de los Chopos; en las sesiones y “cacharrería” —de donde, apenas instalado, se robarán su busto— del Ateneo de Madrid, en la calle del Prado; en las redacciones de revistas y periódicos, por ejemplo, *España* y *El Sol*. Costumbre día a día que amainará, pero no cancelará, su incorporación a partir de 1919 a la Legación de México en Madrid (reanudación de un quehacer que ya lo había llevado a Francia, a la que regresará, y le deparaba los destinos de Argentina y Brasil).

#### VERACRUZ, CIUDAD DE MÉXICO

¿Cómo no agradecer, cómo no tomar a pecho la misión de la Casa de España mudada de inmediato El Colegio

de México, cómo no convertir al Colmex en reservorio, y culto, del destierro intelectual? (reservorio, sitio de culto, trasladado a la Capilla Alfonsina de la colonia Condesa). Reyes, solitario operó como agencia: palomeo, alimentos, colocaciones (si bien se le puede reprochar el no atender las llamadas de auxilio de Ramón Gómez de la Serna, su anfitrión en la Botillería de Pombo, mal varado en Buenos Aires).

Lo mismo ocurrirá, en menor intensidad, con los otros recintos capitalinos de acogida, la UNAM (su Facultad de Filosofía y Letras de modo señalado), el apenas lanzado Fondo de Cultura Económica, entre otros.

Una precisa idea del espacio del destierro español en la Ciudad de México la ofreció una exposición alusiva montada en su Museo, instalado en la casa del Conde de Calimaya y su monolito azteca. Trazado, su dilatado mapa capitalino, en el piso de uno de los salones, uno podía caminar de domicilios a colegios, de editoriales a restaurantes, de lugares de trabajo a sitios de esparcimiento. Del edificio Ermita (todavía milagrosamente en pie), al Café Tupinamba. Del Instituto Luis Vives a la fábrica Vulcano, del Orfeo Catalá al Ateneo Ramón y Cajal. De un programa, "La Hora de España", en Radio Gobernación, a una manifestación en el Hemiciclo a Juárez contra el terrorismo franquista, de este último lugar a la Editorial Séneca, etcétera. Singular experiencia de la que había tenido un atisbo en Barcelona, con el grupo que emprendió la topografía parisiense de la revista *Ruedo Ibérico*.

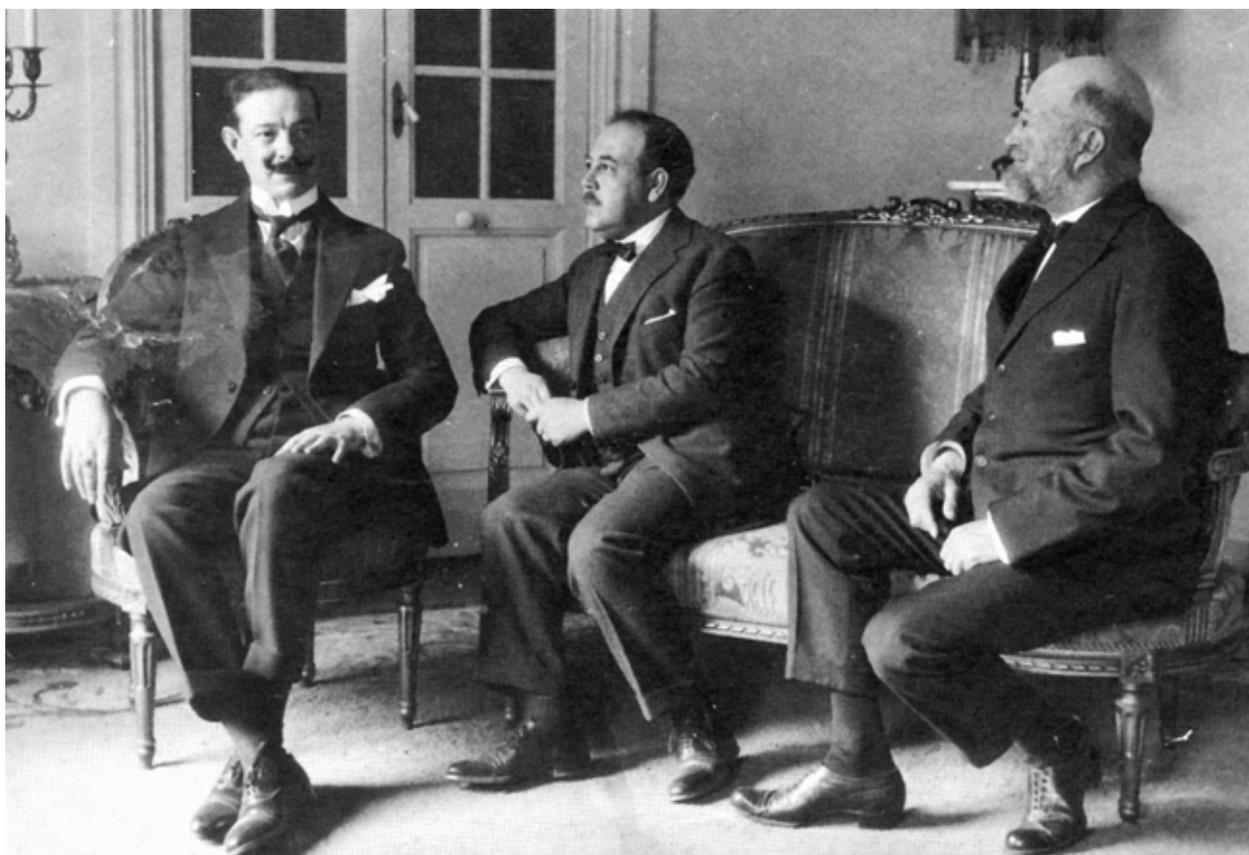
#### FIGURA INTERNACIONAL

No son pocos los nombres señeros que, a partir de 1939, mudan a España por México. Literatos, científicos, editores, filósofos, musicólogos, cineastas, pintores. Sólo que uno en particular, por su creciente fama internacional, sobresale: Luis Buñuel. Llegado, no en el barco Sinaia, sino con posterioridad, vía Francia y los Estados Unidos. Si su pasado surrealista contaba con *El perro andaluz* (en colaboración con Dalí) y *La Edad de Oro*; y el documental con *Las Hurdes*; a su filmografía aguardaban filmes como *Los olvidados*, *La vida criminal de Archibaldo de la Cruz*, *Nazarín*, *El ángel exterminador*, *Bella de día*, *Diario de una recamarera*, *Ese oscuro objeto del deseo*. Y, contra todo pronóstico, y juramento colectivo de no volver hasta que Franco muriera, en 1961 filma, en España, *Viridiana*.

#### DE MI ÁLBUM

A propósito de Luis Buñuel, apunto que, durante la segunda mitad de los sesenta, fuimos vecinos en la Cerrada de Félix Cuevas, en la Del Valle.

Por el ventanal de mi departamento, en un cuarto piso (yo tomaba un descanso de mi infecunda tarea de novelista vespertino, con cigarro, café y batón a lo Balzac), veía pasar, a los miembros del grupo Nuevo Cine (don Luis ídolo en plena producción, mito de por sí); grupo de intelectuales, con componente desterrado, que



Artemio de Valle Arizpe, Alfonso Reyes y el coronel Pérez Figueroa en la Legación de México en Madrid, 1922

aportó uno de los episodios nodales de la década de los sesenta.

Rumbo a la casa de Buñuel, al final de la cerrada, desfilaban, no diré que contritos pero sí transidos, José de la Colina, el Chato Elizondo, Jomí García Ascot, Alberto Isaac, Emilio García Riera y demás. Otro de los fieles al templo, Carlos Fuentes, narrará con detalle sus encuentros en la casa de Buñuel, incluida su célebre receta del martini “Buñueloni” (mitad ginebra, un cuarto de cárdano y un cuarto de martini dulce). Y en diversas ocasiones, a quien observaba yo era al propio director de *Viridiana*, dirigirse, con su mujer en veces, con su perro siempre, hacia la tienda De Todo en Félix Cuevas y San Francisco (desde el mismo observatorio, sorprendí, una tarde, la del primero de agosto de 1968, la marcha universitaria encabezada por el rector Barros Sierra; en la avanzada, dos de las figuras que me serían definitivas la década siguiente, Enrique González Casanova y Rubén Bonifaz Nuño).

A don Luis, absorto en su mundo sin sonidos, nunca se me ocurrió abordarlo. Pero en una larga temporada que pasaré en la Residencia de Estudiantes de Madrid, ya en los noventa, me acostumbraré a su fantasmal pero real, diaria presencia en el edificio, al lado de Federico García Lorca y Salvador Dalí.

#### EL GRUPO NUEVO CINE

En las líneas de la mano de Nuevo Cine, además de avanzadas propuestas para la producción cinematográfica nacional, del ingrediente México-español y de la veneración por Luis Buñuel, debe de contarse su influencia, en lo teórico y en lo práctico, en el Primer Concurso Experimental de Cine Mexicano, un antes y un después de la industria. Concurso impulsado proféticamente por Jorge Durán Chávez a la cabeza del Sindicato de Técnicos y Manuales. Dirigirán filmes Héctor Mendoza, José Luis Ibáñez, Alberto Issac; textos de Carlos Fuentes, Juan García Ponce y Gabriel García Márquez darán vida a, respectivamente, *Las dos Elenas*, *Tajimara* y *En este pueblo no hay ladrones*. Fuentes laboraría un largo rato con el productor Manuel Barbachano Ponce (empresa a la que jalaría a Gabriel García Márquez), amén de escribir, sin mucha suerte, algunos guiones. Reciente, póstuma publicación, *La cinta de plata*, da cuenta del significado del cine, y de Luis Buñuel, en la vida y obra de don Carlos.

#### MAX AUB

Pero no sólo Buñuel, a quien podía encontrarse en El Perro Andaluz, restaurante del mismo nombre de la

Zona Rosa (nuestra Ciudad Letrada de los sesenta), regresa, antes de la muerte del Generalísimo, a España. Parte de su reconocimiento mexicano, Max Aub, otro distinguido desterrado, resuelve escribir un libro definitivo sobre el aragonés. Aub, amigo que fuera (y colaborador cinematográfico) del André Malraux brigadista internacional, y de Man Ray, entre otras figuras de la entreguerra. Autor prolífico de los tiempos de guerra civil y del exilio francés, la Francia ocupada (los “Campos”). Digamos, un Galdós de vanguardia.

Autor, además, don Max, entre otros relatos que se situaban lejos de la versión “emotiva, ritualista”, de un cuento en el que el mesero veracruzano de un café del Centro de la Ciudad de México, con tal de no oír el hablar megafónico, pero sobre todo los argumentos encontrados, irreductibles (las diferencias ideológicas abisales del 31 al 36 trasladadas a una mesa de café), de un grupo de “refugiados”, viaja a España por Iberia y, sin mayores complicaciones (suplanta a un militar norteamericano), asesina al Generalísimo Francisco Franco. Atentado que no modifica un ápice, a la postre, el discutir enfrentado (verbalmente a muerte) del café mexicano.

#### LA GALLINA CIEGA

Ambicioso proyecto, el de Aub, que se dividiría en dos libros: el dedicado al cineasta, bajo el rótulo de “novela”, y el que resultara de la pesquisa de sus huellas en España (y Francia).

Aclaro que no me conté, al margen de la edad, en el número de los amigos de Max Aub. Pero lo vi repetidamente en Ciudad Universitaria en su calidad de director de Radio Universidad con Héctor Mendoza de subdirector. Mendoza, una de las estrellas del firmamento teatral al que accedí a mi arribo procedente del Estado de Guerrero; mi maestro de actuación en el INBA; el director del grupo, casi orden religiosa pagana, al que tuvo a bien incorporarme. Claudia Millán, Eduardo López Rojas, Martha Verduzco, Angelina Peláez, Manuel Ojeda; más adelante, Martha Navarro, Sergio Jiménez, Julio Castillo.

Como parte de una colaboración de Difusión Cultural con Telesistema Mexicano, el grupo mendocino realizó programas de teatro televisivo en los viejos estudios de Abraham González; y en uno de los estudios de Radio Universidad, localizado en la Facultad de Arquitectura, grabó un disco ¡de villancicos de Sor Juana! (lo que daría por un ejemplar).

Ya aspirante a escritor, bajo la égida de Juan José Arreola en su taller Mester, leí, entre los México-españoles, a Aub. Su *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*. Su diario cubano. No todos los “Campos”. Y con Aub a los peninsulares Cela, Sánchez Fer-

losio, de los Goytisolos a Juan, Fernández Santos, Juan Marsé (no me perdonaré haber extraviado la cinta con la entrevista que le realicé cerca de Barcelona). La gran novela social, pese a la censura, del franquismo.

Aunque estudiante de Derecho, pude cursar, en la Facultad de Filosofía y Letras, una clase sobre estética con Adolfo Sánchez Vázquez y otra, sobre los presocráticos, con Eduardo Nicol. Idéntico saber erudito. Distinto estilo pedagógico. Distante, concentrado, sedente, en don Adolfo. Escénico, peripatético, en don Eduardo. Ya yo productor en Radio Universidad, cercana fue la relación con Luis Rius.

Del departamento en el que observé la peregrinación a la casa de Buñuel, a Buñuel mismo, vía el Aeropuerto Internacional Benito Juárez, saltaría yo el charco rumbo a Inglaterra. Un año después estaría de vuelta, con escalas de descompresión cultural, primero en Francia y después en España.

Una vez en México, a principios de los setenta, me toparía con *La gallina ciega* de Max Aub; diario de su regreso, treinta años después, tras las huellas de Luis Buñuel, a la tierra natal. Experiencia de la inteligibilidad. Libro cuyos ecos reverberarían en mis regresos anuales, una larga temporada, a España. Se lo proporcioné a mi hijo Adrián cuando marchó, posgraduado, a la Complutense.

#### UN DIARIO DEVASTADOR

*La gallina ciega* que Aub quería lo recibiera en vida su suegra, a quien estaba dedicado, vano deseo, tuvo pálida recepción en México. Traigo a cuenta un diálogo que, quizás, explique el frío recibimiento del diario en el medio de los desterrados. Diálogo que sostiene no con sus congéneres, José Bergamín, por ejemplo, que estuvo poco tiempo en México y regresó dócil a su lar, para hallar digna pobreza y sostenido olvido; sino con uno de sus más despiertos sobrinos, en sus treintas, abogado, viajado, padre de tres hijos.

S.: — Ves a España como si fuese lo que era cuando tenías mi edad.

T.: — .....

S.: — No te das cuenta, pero no ves las cosas como son. Buscas cómo fueron y te figuras cómo podrían ser si no te hubieras ido [...]. Crees que nada tienes que hacer aquí. Es posible; pero ni siquiera piensas en lo que podrías hacer agarrado por la idea de que no podrías decir lo que te parece mal. Es posible. Pero seguramente lo que te parece mal no es tanto como supones.

T.: — .....

S.: — España ha variado de todo en todo entre otras cosas porque, lo reconozco, ignoramos lo que fue antes. Es absurdo que nos lo echéis en cara, a poco que lo pienses, tío. Y por el hecho mismo de esta ignorancia [...] tenemos un concepto totalmente distinto que el vuestro acerca del país y de sus posibilidades.

T.: — Acepto. Pero con lo que no puedo estar de acuerdo, porque esa sí la conozco y no es de tu tiempo, es con la educación que os han dado.

S.: — La educación es una cosa, y nosotros otra [...]

Es tarde. Hablan en voz baja. Y faltaba lo más descarnado. Ni Madrid ni Barcelona, precisa el sobrino, tienen que envidiar a París o Roma. Se come, y no sólo los turistas. “¿Qué no hay libertad? Es un decir. ¿Qué hicisteis con ella? ¿Crees que nos hace mucha falta?”. De ser así, se sabría. ¿Falta de libertad de prensa? Amén de que se puede comprar cualquier periódico, “a la gente le tiene sin cuidado”. Y añade el sobrino: “¿O crees que porque no se leen tus libros son ignorantes?”. Ni los libros del tío ni los de los autores de su época. No interesan, tampoco, Larra, Unamuno, Ortega; Marías y Laín, sí, por ser de “hoy y de aquí”. ¿La guerra? La guerra es vieja. ¿Y para qué acordarse? “¿Qué bien nos iba a proporcionar, sean las que sean las ideas de unos y otros?”. Lo que su tío buscaba no lo encontraría nunca. “¿Qué?”, pregunta Aub. Respuesta: “El tiempo pasado. Tu juventud. Ahora es la nuestra”.

Esa noche el tío Max Aub no pegó los ojos. Uno puede imaginarse, al sobrino, después de 1975, optando por el PSOE. Pero a los tres hijos, por Podemos o Ciudadanos, los partidos nacidos del desencanto de la alternancia, y transición, entre el PSOE y el Partido Popular.

ESPAÑA, 1971

La España que pisé por vez primera fue la que conoció Aub, de regreso luego de treinta años, para él irreconocible. Moderna, modernizándose, abierta al turismo, reconocida por la ONU, boyante, a punto Cataluña de “procesar” el *Boom* de la narrativa de América Latina, cuya invención le disputa La Habana castrista.

La experiencia londinense no sólo me había iluminado los sesenta, en la Ciudad de México, que no tardé en tipificar Segunda Revuelta Cultural del Siglo xx (la primera, impulsada por los modernistas y el Ateneo de la Juventud); sino definido mi interés por la empresa desplegada por Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Antonio Caso, Julio Torri, José Vasconcelos y demás ateneístas.

Reyes y Guzmán, las figuras de mayor residencia matritense, me retrotrajeron a la capital española; para Reyes, la de su tocayo Alfonso XIII; para Guzmán, la de la

caída de la Monarquía, el advenimiento de la Segunda República y la Guerra Civil. Además de la intervención, de Guzmán, ya en México, en *Romance*, una de las revistas del destierro; su relación comercial, editora y librera, con el español Rafael Giménez Siles; y su batalla por la autonomía de las Academias de la Lengua, mayoritariamente hispanoamericanas, frente a la Real Academia Española.

Para entonces, en México, la visión sobre el destierro español que hemos llamado “emotiva, ritualista” había perdido su original frescura y espontaneidad; censuraba matices. A una realidad de extraordinaria complejidad, rica en diversidad ideológica, opaca, multánime, lacerante, cargada de sacrificios y responsabilidades, la había mudado expediente cerrado, polvoso.

#### ESPAÑA, LA TRANSICIÓN

Una feliz coyuntura me permitió encabezar una misión editorial de la UNAM con motivo del reinicio de relaciones diplomáticas entre México y España, en 1976; previa disolución del acuerdo de nuestro país con el Gobierno Español en el Exilio.

Unas cuantas notas.

El nerviosismo, durante el vuelo, de los que regresaban por primera vez en décadas, y la especulación de si en el aeropuerto de Barajas ondearían miles de banderas republicanas. No fue así. El montaje de una Feria México. La presencia del Presidente de la República José López Portillo que incluyó una cursilona visita a Caparrosa, el pueblo de sus raíces hispanas. La efervescencia política con la vista a un horizonte que se llamaba Comunidad Europea. La visita al *stand* universitario de un joven y esbelto Felipe González. El auxilio invaluable de Marisa Magallón y Concepción Ruiz Funes. El acuerdo tácito de no mirar hacia el pasado, la guerra, la derrota, el franquismo, al tiempo que se pactaban una monarquía constitucional y, para los partidos, la asunción plena de alternancia y transición. En suma, una España construida con la sola materia del futuro. Material que se mostró de larga duración.

#### ESPAÑA, 1987

El posfranquismo vive época de esplendor, prestigio, bonanza. Los fantasmas del pasado apenas se asoman. En julio del 87 me encuentro en Madrid. De esa época, la siguiente estampa:

Retrepado en lo más alto del cielo madrileño, el sol de un día de julio de 1987 diezma la Plaza Mayor. Nativos o fuereños, los sobrevivientes ocupamos las zonas de som-



Alfonso Reyes

bra. Despatarrados, nos observamos como si fuéramos espejismos. ¿Cuarenta grados de temperatura? ¿Más? Al que suscribe se le confunden en el paladar los sabores del cordero y del riojano, ambos poderosos; sabores a los que mezcla el terso de la prosa municipal de Enrique Tierno Galván, desaparecido gobernante filósofo de esta villa (*Bandos del alcalde*, Tecnos, Madrid, 1987). Asíndome en mi propio jugo, hervor de cuarentón, gozo del Bando sobre la desnudez ciudadana en tiempos caniculares (éstos, oh).

Sigue la cita:

Advierte, D. Enrique, a sus gobernados, que mientras Natura, a partir de la primavera, vístese con sus “mejores galas”, el ciudadano madrileño, por el contrario, desvístese. Ojo. No que TG esté en contra de la comodidad vestimental (basta imaginarse, por ejemplo, el horno del Metro cuando la mismísima superficie arde); lo que sucede es que algunos confunden la Villa y Corte madrileña con la mar o la alta montaña (estas tónicas). El asunto, pues, es de salud pública antes que de moral rancia, así no falte quien mude el jubón y las calzas por los lenzuolos o la bas-

quiña por las solas carnes. Gran desierto. En la capital española, por su posición geográfica, por el polvo que desprende, por el furor solar que la acomete, el despojamiento de vestidos págase, ay, con “salpullidos, llagas, postemas, abscesos y hasta lamparones, males que, según los físicos del Consejo, empobrecen los suaves miembros y gentiles cuerpos de las vecinas de esta corte”. Oh, sí, miembros suaves, cuerpos gentiles.

Por último:

Convento con D. Enrique en eso de que, en la calorana, Madrid múdase costa. Uno cruza la ciudad, especialmente de noche, como si atravesara un puerto bullicioso; las glorietas y los paseos son playas; la Puerta de Alcalá, tan mentada por Ana Belén, es una saliente marítima (no lejos, por cierto, pasa anchurosa, ajamonada, en su carro tirado por leones, la Diosa Cibeles).

Pero...

*¡Angst! ¡Aghhh!*

Disruptiva, aguafiestas, temida, imponiéndose a los sabores del yantar y del leer y del ocio apercólame de

nueva cuenta una sensación de la que intentaba escapar en vano.

Llámola angustia, angustia cultural.

Angustia definida por la crisis que envolvía, en México, a la Ciudad Universitaria, al fragor de la protesta del Consejo Estudiantil Universitario; que, a la postre, conduciría a la realización del Congreso Universitario.

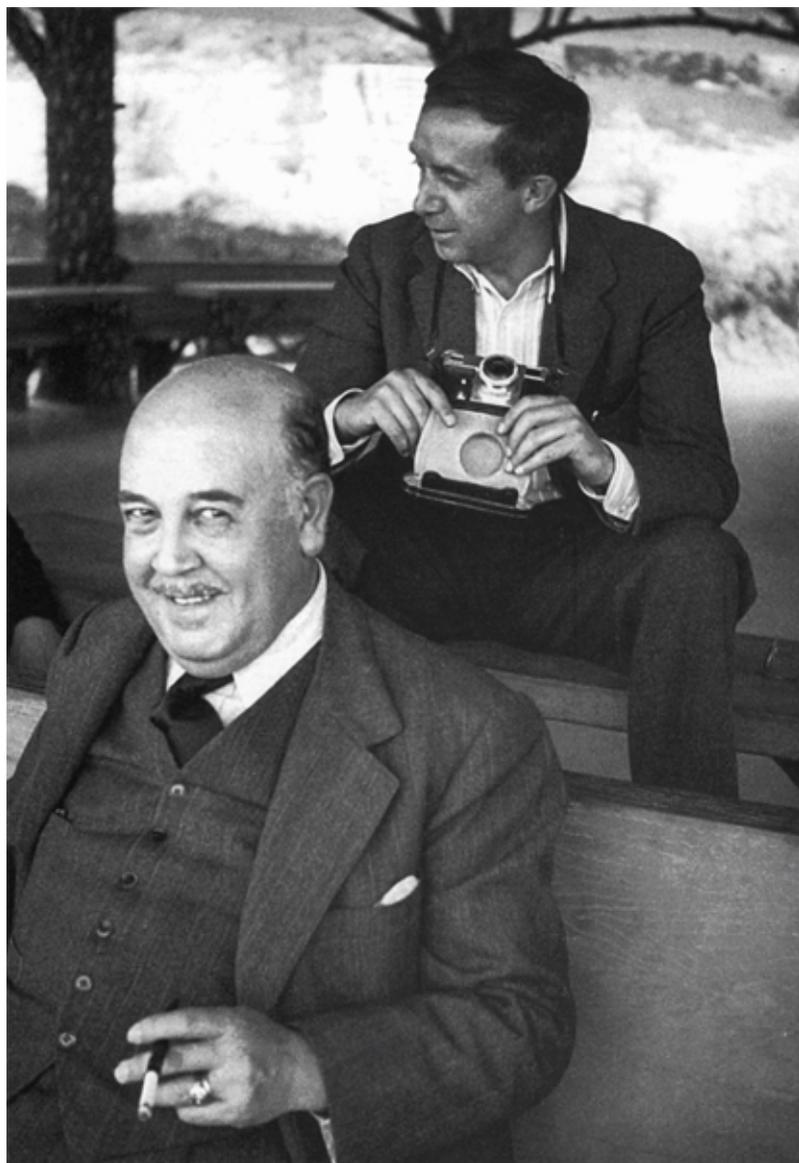
#### ORTEGA Y GASSET

Señalo que entre los autores que el sobrino de Max Aub apunta como olvidados en la España que había sobrevivido a los años oscuros, represivos, retraídos, de los cuarenta y los cincuenta, y repuntado en los sesenta, se encontraba José Ortega y Gasset. Y la relación más evidente, constante, con los mexicanos trasladados a Madrid, es la que tuvo el filósofo con Alfonso Reyes.

Ortega y Gasset nace en 1883 y muere en 1955; Reyes, por su parte, nace en 1889 y fallece en 1959. Coetáneos más que contemporáneos. Lamentablemente, es hasta 1924, ya de regreso a México, y un 9 de febrero, conmemoración de la muerte de don Bernardo, que Reyes arranca un diario que se extinguirá con su pluma siempre desenvainada. Por fortuna, para cubrir el vacío de los años madrileños, contamos con su epistolario. ¿Amistad íntima como la sostenida con Enrique Díez-Canedo o José Moreno Villa? No. Más bien formal, como la entablada con Azorín y Juan Ramón Jiménez. Lo que no impidió que el Ortega y Gasset empresario de prensa contará, en el mexicano, a un colaborador constante. Dos estampas. En 1915, Ortega y Gasset por la mañana, y Reyes por la tarde, ocupaban un mismo espacio (“jaula” la llama el primero, “sala” el segundo) en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Para una colaboración alfonsina en *El Imparcial*, que Ortega y Gasset demanda con apremio, le recomienda (innecesariamente digo yo) “sencillez y amenidad”.

#### ORTEGA Y REYES

Enormes son los paralelismos que guardan las dos figuras. En la filosofía, Ortega, en el humanismo, Reyes. Me refiero, concretamente, a la multiplicidad temática, al género dominante del ensayo y al filón periodístico. Sin que el ejercicio poético de Reyes derrumbe lo anterior. De poéticas pueden (deben) calificarse no pocas páginas del filósofo, incluso las de aridez técnica. Y, hablando de paralelismos, llama la atención el tranco semejante en cuanto a la publicación de títulos definitivos.



Alfonso Reyes con Daniel Cosío Villegas, 1940

Si entre 1914 y 1924, Reyes da a la luz, en Madrid, en deslumbrante sucesión, *Cartones*, *Visión de Anáhuac*, *El plano oblicuo*, *El cazador* e *Ifigenia Cruel* y deja en prensa el poemario *Pausa*; Ortega hace lo propio con *Meditaciones del Quijote* (1914), *España invertebrada* (1921) y *El tema de nuestro tiempo* (1923). Libro, el segundo de los mencionados, que arroja luces intensas sobre los procesos de la decadencia mexicana actual: disgregación de las partes, nacionalismos locales hueros, ausencia de proyecto nacional hacia el interior y el exterior, irrupción de la acción directa de unos y otros (linchamientos sin cuento, Tlatlaya, Iguala-Cocula, Tierra Blanca). En 1923 funda *Revista de Occidente*, en la que Reyes colabora y para la que le solicitan dictámenes. Un año después de la salida de Reyes de Madrid, Ortega publica *La deshumanización del arte* y, seis años luego su *bestseller* internacional, *La rebelión de las masas*. Hay en Ortega y Gasset, señala José Ferrater Mora, una “excepcional combinación de la habilidad literaria con la sagacidad filosófica”. En Reyes, por su parte, se combinan la pericia literaria con la “sagacidad” humanista.

#### CORPUS

La realización de mi biografía documental de Alfonso Reyes me encaró, en el archivo de la Capilla Alfonsina, con su epistolario español, cerca de cincuenta correspondencias. Poco voluminoso, comparado con otros, el que corresponde a Reyes-Ortega y Gasset.

Las cartas giran alrededor de la convivencia en Madrid, la participación de Reyes en las empresas de Ortega, un obsequio a Ortega con el que Reyes marca su salida de la ciudad, su reencuentro en el puerto de Buenos Aires, el fallido intento de Alfonso Reyes, de que Calpe, en la que influía con peso Ortega, publicara su obra hasta entonces realizada y, en los cuarenta, un comentario brutal de Ortega sobre nuestro compatriota que implica la recepción mexicana del destierro republicano. Asunto al que tornaré *infra*.

La imagen que proyecta el corpus es la de una relación efectiva mas no sentimental, profesional, férreas las compresas de las iluminaciones y las oscuridades íntimas. Cartapacio al que menester es añadir, a lo menos, una de las *Marginalias* de don Alfonso y un *Anecdotario* que, por fortuna, en lo que hace al filósofo, conservó inédito en vida. Si agudo y memorioso se muestra el mexicano respecto a un agrio resentimiento orteguiano, producto además de una nadería que Reyes encuentra oportunidad de zanjar, indiscreto se exhibe respecto al descubrimiento de don José, en Buenos Aires, de “la elegancia, la voluptuosidad, el flirt y el pecado(;)”; deslíz que, además, había facilitado el propio Reyes dándole las llaves de su discreta “leonesa” bonaerense.

La intensidad de las guerras y guerrillas de los escritores argentinos, que acabarían por hartar a Reyes, y que involucran a don José, obligaron al mexicano a enviarle al madrileño una larga carta, deslindándose de intrigas y estocadas aviesas.

#### ORTEGA Y GASSET SE ADELANTA

A la muerte del filósofo español, el mexicano le dedica “Treno para José Ortega y Gasset”, una de sus *Marginalias*. Redactada el 18 de octubre de 1955, publíquese en *Cuadernos americanos* el primero de febrero del año siguiente. El texto contiene varios pasajes. La evocación de la llegada de Reyes, incierta, a Madrid, tras perder su modesto cargo en la diplomacia mexicana y verse obligado a cruzar los Pirineos. El papel rutilante de Ortega y Gasset en aquella España “posterior al Noventa y Ocho y a los desengaños de la grandeza colonial”. Su relación con el filósofo. La pérdida que aparejaba su muerte. Y veladas alusiones a lo sucedido después de 1939, que sólo el examen del expediente permite explicar. Vamos por partes.

Hermosa, plena de gratitud es la memoria de su arribo a la Villa y Corte: “Cuando, a fines de 1914, yo llegué a Madrid, dejándome atrás, como Eneas, el incendio de mi tierra y el derrumbe de mi familia, mis buenos hermanos de España, sin interrogarme siquiera ni examinar mis credenciales, me abrieron un sitio en las filas del periodismo y las letras y me consideraron, desde el primer momento, como uno de los suyos”. Tertulia de Madrid.

Del Ortega de entonces, recuerda su condición de “estrella radiante, en torno a la cual giraba toda una ronda de planetas”; gravitación que lo atrajo, lo reclutó en revistas y periódicos de su influencia. Reconoce desacuerdos pero al mismo tiempo una infrecuente “íntima cercanía”.

Sin reticencias es el elogio. Rastro de fuego es el que había dejado Ortega “en la lengua y en la mente de nuestro siglo”. Filósofo imperial, aunque no por la coherencia sistemática, a la que rehuyó sujetarse; artista al que “jamás desmayó la soberbia voluntad de la forma”. Si bien no pierde la oportunidad, Reyes, de identificar a los dos enemigos del filósofo-artista: la ironía y el humorismo; su mezcla de “mundanidad” y “austeridad”; y, para quien supiera leer, la final rendición de Ortega y Gasset que significó su regreso a España en pleno franquismo. Escribe que su sensibilidad era tan aguda “que solía herirse con su propio aguijón o, mejor, que acabó atravesándose con su espada”. Aquí empiezan las pistas que el lector tendría que elucidar. Alusiones como la siguiente: “Hasta los chisporroteos de mal humor son, entonces, una prenda de afinidad cósmica. Una frase



Ortega y Gasset con Ramón Gómez de la Serna, 1929

cruel, una queja, valen entonces lo mismo que un saludo, lo mismo que vale un abrazo. Y, a la hora de las cuentas finales, el inmenso saldo positivo hace todavía más lamentable la desaparición de aquel polo que, acaso de lejos, nos equilibraba y nos sostenía”.

Lo de “mal humor”, “frase cruel”, “queja”, encerraban un sentido que Reyes oculta. Pero, lo más llamativo, es la siguiente expresión, a todas luces críptica: “Él quiso extrañármese un día”.

#### LA AVIESA ESTOCADA

¿Extrañármese, Ortega a Reyes? ¿Cómo? El 15 de septiembre de 1947, *El Universal* de la Ciudad de México publicó una entrevista con José Ortega y Gasset, realizada en San Sebastián por el licenciado Armando Chávez Camacho, “enviado especial”. Intitulada “la verdad

sobre España”, su sumario incluye una serie de asuntos, que rematan con la “cabeza”: “Alfonso Reyes y sus ‘gestecillos de aldea’”. Resumen. Informa el filósofo que, puesto que la edición de sus obras completas la había hecho su hijo, en represalia, él, el padre, se pondría a escribir, con el pseudónimo de ¡“Mississippi”! porque iba “a producir como un torrente”. Asimismo, confía que había huido durante la Guerra Civil, porque si no lo mataban los rojos, lo mataban los blancos. Por último, asesta la puñalada al lejano Alfonso Reyes. Transcribo el diálogo:

—¿Tiene amigos en México?

—Tenía, contesta. Como Alfonso Reyes.

—Pues, ¿qué le ha hecho Alfonso Reyes?

—Nada concreto ni personal. Pero ha hecho tal porción de tonterías...

—¿Cómo cuáles, maestro?

Un ademán de disgusto y desprecio es rubricado con estas palabras:

—Gestecillos de aldea.

#### REBUMBIO

El expediente de la Capilla Alfonsina incluye recortes de las repuestas, airadas unas, reposadas otras, pero todas ofendidas y en defensa de Reyes, a lo declarado por Ortega en San Sebastián. Una “Carta abierta a Alfonso Reyes” de José Gaos, uno de los contertulios; “Una visita frustrada” de Wilberto L. Cantón; “Ortega no es un filósofo sino un sofista” de Eduardo Nicol; “La corbata, espina dorsal de Ortega” de Juan Larrea; “Caso de deformación profesional” de José E. Iturriaga; “Ortega, enemigo de la americanidad” de Leopoldo Zea; etcétera, etcétera.

¿Y Reyes?

Reyes tardó dos días en contestar, escribirle a Ortega. Le advierte, primero, que no toma en cuenta las palabras (“incalificable injusticia”) que sobre él le atribuyen, aun cuando se le hayan escapado “en su actual estación de amargura”; y, segundo, sobre el efecto de sus palabras. Entre las personas cultas y decentes de México; entre los compatriotas del entrevistado (“no todos mansos”); entre sus amigos y discípulos; entre los “perros rabiosos que siempre abundan”; y entre los demagogos de esta “aldea”. Y se explica prolijo: “Mi único delito consiste en haber procurado un techo para aquellos compañeros que usted mismo educó y embarcó en la aventura”. Procurárselo en exclusiva a los de “nuestra familia”, no a los “profesionales de la pasión pública” (que no se hartaban de echárselo en cara). Por lo que le pide mirar bien “hacia los horizontes, por sobre las bardas de la ‘aldea’”. Remira el desenlace republicano: “Si acaso creí en cier-

tas esperanzas españolas, bien sabe usted que en usted lo aprendí. Que nos las hayan torcido los violentos no es culpa de usted ni mía”.

#### INNECESARIA EXPLICACIÓN

Desde su regreso a México (recuerdo que Reyes procedía de Brasil, adonde fue a vender petróleo expropiado), lo atacaron desde los extremos; nunca se le había injuriado tanto como a causa de su afán por el “acomodo entre nosotros de mis hermanos de otro tiempo” (tiempos de su propio asilo en Madrid). Ya en plan personal, pide a Ortega no lo confunda en el “montón de los que han aprovechado el momento para atacarlo a mansalva”, y le señala que por más que se esfuerce no podría borrarlo de su “conciencia”.

Sin embargo, todo indica que sí.

Porque el remitente, además de los puntos anteriores, incredulidad ante lo registrado por *El Universal*, efectos en el medio español-mexicano, razones honradas de la acogida que encabezara el remitente, plantea una forma de zanjar el desaguado. Dícele: “Una sola palabra de usted, de rectificación o de esclarecimiento, aparte de hacerme a mí un bien inmenso, le devolverá a usted la alegría de ver que mi recuerdo, cuando se le aparezca y lo visite, le sonrío como en los tiempos mejores. ¿Será posible que un hombre de su talla deoiga esta reclamación?”.

La carta de Reyes sale por doble vía, certificada y ordinaria, en previsión de que don José ya esté de vuelta en Portugal.

#### ROBINSON REYES

Cabe señalar que este propósito de reconciliación de Reyes, se inscribe en la decisión existencial que regla su reinsertión en la vida mexicana, abandonada, en pleno huertismo, fresco todavía el 9 de febrero de 1913, día en que su padre, resuelto a morir, intenta en vano hacerse del Palacio Nacional. Sin más armas que la palabra, a la que responde una ametralladora que lo aniquila. A él, a su caballo Lucero, y al que monta el hijo Rodolfo, salvado de milagro.

¿Qué decisión existencial?

La unidad. Robinson Crusoe armando el rompecabezas con las piezas salvadas del naufragio. Una casa-biblioteca-archivo. Y, llegado el momento, Alfonso editor crítico de Reyes. Elección profesional de nichos no ocupados por sus colegas: retórica, religión, geografía griegas. Sus memorias: familia, ciudad natal, el padre, sus propias enfermedades, su generación atenea, sus libros. Si bien pesaban el recuerdo doloroso de la preferencia

paterna por Rodolfo y el prestigio villano, infame, del general en la historia oficial de la Revolución mexicana. Máculas resueltas con un velo de amnesia sobre el hermano y la re-hechura de la imagen del padre, vuelto héroe de leyenda (*Romance nuevo del general Bernardo Reyes*, pudo llamarse *Oración del 9 de febrero*). De ahí la petición a Ortega y Gasset: una “sola palabra”.

#### “UNA SOLA PALABRA”

La puñalada trapera del filósofo español se asestó, lo avancé, en 1947. Tres años espera Reyes la respuesta a su carta a corazón abierto. En vano. El 17 de julio de 1950, reincide. Don José ya radica de fijo en Madrid, ciudad amada a la que no regresará el mexicano. Recuerda el incidente; que le escribió de inmediato (carta de la que envía copia); que no ventiló el asunto en la prensa; que no se resignaba a dar por acabada la amistad; y que sobre el silencio del destinatario tenía dos interpretaciones. O que o no llegó a su destino o que don José no quiso contestarla.

Aborda la segunda.

“¡Me hubiera hecho tanto bien una sola palabra de usted, comprensiva y afectuosa, aun sin necesidad de rectificación alguna!” (bondad alfonsina que llega al extremo de disculpar cualquier “expresión viva” suya, atribuible al “escozor del ataque inmerecido”). Con el paso del tiempo, la herida cicatrizó, pero se sabe atado a la simpatía del filósofo.

Reyes se abre de capa. “Dígame usted que le corresponde, o —siendo usted quien es— tendré que desesperar de los hombres”: declara; “Yo no le hago a usted ninguna falta, pero usted a mí —no tengo el menor empacho en declarárselo— me hace falta como parte del conjunto armonioso, del orbe de ideas y emociones en que aliento”: confiesa; “¡A ver, José, una palabra, una palabra suya que nos ponga a ambos por encima de tanto error, de tanta miseria como nos circunda!”: suplica.

Por carecer de la dirección de Ortega, se dirige a Juan Guerrero Ruiz, a su domicilio en Hermosilla 38, pidiéndole entregue a don José la carta del 17 de julio de 1950. Por un artículo publicado en el número 595 de revista *Universidad de México*, “Reyes y Ortega y Gasset: nuevas huellas de un largo malentendido”, de Carlos García, sabemos, con certeza, que Guerrero Ruiz recibió la(s) carta(s) de Reyes y que esperaría el mejor momento para cumplir la misión encomendada; y, mera conjetura, que Ortega recibió las misivas alfonsinas: la de 1947, en copia, y la de 1950, en original.

Lo indudable es el silencio por respuesta. Por cierto: ¿“malentendido”? No. Franca, violenta ruptura por una de las partes. La que quedó en España, no resistió el exilio o destierro.



Miguel y Soledad Ortega Spottorno, hijos de Ortega y Gasset, con Pepa García Morente y Alfonso Reyes hijo, 1916

#### CONJETURA

La arrogancia de Ortega y Gasset, conjeturo a mi vez, guarda una explicación política, la de su reinserción en la España franquista. Reyes había dirigido el destierro de los intelectuales derrotados, Reyes era México, México uno de los países que mantenían relaciones con el Gobierno Español en el Exilio.

¿Lo dicho, despectivamente, a *El Universal*, descalificando a don Alfonso y a su país, respondía a una estrategia de perdón? Quizá. Lo indudable es el dolor causado en el mexicano, amigo así fuere sin calor íntimo, ex colaborador en las empresas periodísticas de Ortega y Gasset, el que anticipó y saludó el advenimiento de la Segunda República. Dolor que se unió a otros del Alfonso de los últimos años. Pese a su estatus de prócer cultural, sorda y no tan sordamente rechazado entre los suyos. Remate será que un irresponsable comentarista de *Parentalia*, primer libro de las memorias inconclusas de Alfonso Reyes, escribiera en *Cuadernos americanos*, revista entrañable cuyo consejo editorial sesionaba en la Capilla Alfonsina, que Alfonso Reyes sostenía que su señor padre había traicionado a la Revolución mexicana. Grave descuido del director y amigo, don Jesús Silva Herzog (trato el punto en la presentación de *Mi*

*óbolo a Caronte*, manuscrito de Alfonso Reyes que precede a *Oración del 9 de febrero*).

#### NUEVAS VISIONES

Quizás el destierro republicano en nuestro país amerite una revisión integral. Esto a partir de que, en la orilla atlántica europea se proclamó la Ley de la Memoria Histórica, contrapunto de la política des-memorial de los setenta; y, en la orilla atlántica americana, hace rato que han desaparecido las figuras mayores de la expatriación.

Historia no sólo intelectual, sino también laboral y empresarial. Incluidos, por supuesto, el examen paralelo del desarrollo de las artes en los dos países; por ejemplo, la publicación en México de autores malquistos a la censura peninsular, como fue el caso de los Juanes Goytisolo y Marsé; y el *Boom* de la nueva novela latinoamericana que llevó a vivir a Barcelona a Gabriel García Márquez y a Mario Vargas Llosa (mientras Julio Cortázar permanecía en París y Carlos Fuentes se asentaba en Londres). ¿Se pensó en la editorial Joaquín Mortiz como la puerta de salida a los escritores españoles impublicables en su patria? Apunto dos temas más. La influencia de Manuel Pedroso, su maestro exquisito en la Facultad de Derecho, en Carlos Fuentes y sus pares de la Generación de Medio Siglo. El número y significado de las revistas del destierro, con particular atención a las del destierro catalán (una alumna, Nuria Gally, recontó más de cuarenta).

Opino que un buen método es el propuesto por el mapa, gráfico y omnicompreensivo, al que me referí líneas arriba. Sin perder de vista la profunda crisis, económica, de inmoralidad pública y de representación política por la que atraviesan México y España.

#### POSTRERA CONSIDERACIÓN

La historia contrafactual, con altas y bajas en el medio académico, tendría naturalmente su lugar. Si, además de José Gaos, en Veracruz hubiera desembarcado asimismo José Ortega y Gasset, y a diferencia de Bergamín o María Zambrano, de paso, hubiera permanecido de fijo en el país, ¿cuál hubiera sido su desarrollo filosófico? ¿Cuál, a su vez, el de la filosofía de América Latina, tan marcada por la "circunstancia"? ¿Cuál hubiera sido el efecto, en nuestras letras (pienso en Arreola, en Tario, en el propio Aub tan experimental, en el vanguardismo de La Onda, en el redescubierto Ulises Carrión), de haberse incorporado Ramón Gómez de la Serna al destierro mexicano? Algo semejante al efecto Luis Buñuel cineasta, en los campos del pensamiento y la literatura. De especularse. **u**